

//Dossier// María Laura Pérez Gras y Lucía Feuillet (coords.)

Ficciones especulativas

Una geohistoria del Antropoceno: “El manual del ángulo de la bolsa azul” de Claudia Aboaf

María Paula Cardozo¹

Recepción: 10 de octubre de 2024 // Aprobación: 9 de noviembre de 2024

Resumen

La propuesta de una nueva era geológica llamada “Antropoceno” ha permitido que la crisis climática sea interpretada desde una perspectiva interdisciplinar, dando relieve no sólo a su carácter material sino también epistemológico. La ciencia ficción, como dispositivo creador de mundos, busca formar parte del debate construyendo *geohistorias* de los *Confinados-en-la-Tierra* (Haraway, 2019) para pensar *lugares-otros*, mundos más habitables. Estas narrativas se caracterizan por cuestionar la episteme moderna al poner bajo la lupa las dicotomías del tipo ciencia/naturaleza, razón/instinto, civilización/barbarie, etc. En este artículo busco analizar el cuento “El manual del ángulo de la bolsa azul” de Claudia Aboaf como una geohistoria capaz de cristalizar la yuxtaposición entre el tiempo geológico y el tiempo histórico, y cómo esta incide a su vez en el cuerpo y en el lenguaje.

Palabras clave

Antropoceno - ciencia ficción - geohistorias - Confinados-en-la-Tierra - Aboaf

Abstract

The proposal of a new geological era called the "Anthropocene" has allowed the climate crisis to be interpreted from an interdisciplinary perspective, highlighting not only its material but also its epistemological nature. Science fiction, as a tool for creating new worlds, seeks to contribute to the debate by constructing *geostories* of the *Earthbound* (Haraway, 2019) to envision *elsewhere*, more habitable worlds. These narratives are characterized by questioning modern episteme by scrutinizing dichotomies such as science/nature, reason/instinct, civilization/barbarism, etc. In this article, I aim to analyze the story "The Blue Bag Angle Manual" by Claudia Aboaf as a geostory capable of crystallizing the juxtaposition between geological time and historical time, and how this, in turn, affects the body and language.

Keywords

Anthropocene - science fiction - geostories - Earthbound - Aboaf

¹ Estudiante avanzada de las carreras de Licenciatura y Profesorado en Letras de la Universidad Nacional de Tucumán. E-mail: mpcardozo99@gmail.com

Hay un fondo que debe escarbarse

Carmen Naranjo Coto

En las últimas décadas, el debate acerca de la legitimidad de la existencia de una nueva era geológica llamada “Antropoceno” (Crutzen y Stoermer, 2000) ha permitido cristalizar, ante todo, la crisis climática de nuestros tiempos. El término apunta a reconocer la fuerza telúrica que posee el ser humano en la aceleración y en las disrupciones sin precedentes de los procesos biogeoquímicos de la Tierra. El impacto del concepto permite, a su vez, leerlo desde diferentes disciplinas. Por ello, su contacto con las humanidades y las ciencias sociales aporta grosor al tratamiento de la crisis ambiental para ser visto no sólo desde una dimensión material, sino también desde una epistemológica.

Más allá de las polémicas que suscita el término², el Antropoceno permite realizar una puntada entre dos tiempos que parecieran distantes: el *tiempo natural* y el *tiempo histórico humano*. Comprender la compleja relación entre ambos, y el colapso de ambos tiempos, implica necesariamente difuminar las barreras que separan al humano de la naturaleza. En este sentido, Arabarco (2022) se pregunta “¿cómo integrar este Antropoceno en las estructuras familiares con las que experimentamos el tiempo humano histórico?” (p. 135). Es esta incógnita la que resuena subterráneamente en este artículo y encuentra su posible respuesta en la ciencia ficción de los *Confinados-en-la-Tierra*, entendida como aquella capaz de construir *lugares-otros* más habitables. A esta propuesta la construyo a partir del diálogo con la teórica Donna Haraway (2019), quien, tomando los aportes de Bruno Latour, insta a

² Muchos teóricos cuestionan la denominación “Antropoceno” porque generaliza en la especie *Homo* la responsabilidad sobre la crisis climática sin tener en cuenta que invisibiliza, a su vez, los efectos del sistema capitalista y económico mundial. Así, surgen otros conceptos que buscan plasmar el impacto sociocultural del cambio climático como lo son *Capitaloceno* (Moore, 2017) y *Chthuluceno* (Haraway, 2019). En este artículo, opto por el concepto de Crutzen y Stoermer (2000) ya que me interesa poner en relieve la dimensión geológica del término al analizar la yuxtaposición entre los tiempos naturales y humanos en el cuento de Aboaf.

la necesidad de “aprender a contar historias de *Gaia*³” (p. 74) o geohistorias, es decir, narraciones en donde los agentes que antes eran pasivos se vuelven activos, conformando relaciones más horizontales. Por su parte, los *Confinados-a-la-Tierra* son, según la autora, “aquellos quienes rehúyen los placeres de las tramas trascendentes de la modernidad y la división purificadora de sociedad y naturaleza” (p. 74). A estas modulaciones las analizaré en el cuento de la escritora y activista argentina Claudia Aboaf, “El manual del ángulo de la bolsa azul” (2023), teniendo como eje troncal la yuxtaposición del tiempo geológico y el tiempo histórico, y cómo este influye en la construcción del cuerpo, el espacio y el propio lenguaje.

Narrar geohistorias en el Antropoceno

En el año 2000, Crutzen y Stoermer propusieron el término Antropoceno para nombrar una nueva era geológica:

La tesis del Antropoceno consiste en afirmar que hemos ingresado en una nueva época geológica, signada por el alcance del impacto humano en el Sistema Tierra y que el ser humano ha devenido un agente geológico, capaz de trastocar significativamente ciclos y procesos biogeoquímicos que se consideraban inalterables. (Arabarco, 2022, p. 10)

A pesar de su generalización, el término no ha sido aceptado dentro de la comunidad científica de la geología (Díaz, 2021, p. 419). Sin embargo, ha trascendido al campo de las humanidades y de las ciencias sociales ya que posibilita una lectura interdisciplinaria de la crisis climática, tratándola no sólo desde una dimensión material, sino también epistemológica, como sostiene Díaz (2021): “la crisis ambiental es también un problema filosófico, tanto existencial como de conocimiento y de convivencia” (p. 423). Al considerar el impacto del ser humano sobre el ecosistema de una manera filosófica, el concepto permite problematizar, por lo menos, dos aspectos que están fuertemente intrincados: por un lado, la supuesta separación del

³ “Gaia [...] se refiere a la Tierra como entidad viviente, como sistema de autorregulación de la biósfera, término introducido por el químico británico James Lovelock en 1969, continuado por la bióloga norteamericana Lynn Margulis y suscrito –en los estudios sociales de la ciencia– por Stengers, Latour y Haraway” (Díaz, 2021, p. 428).

tiempo geológico del tiempo histórico y, por otro lado, el aparente aislamiento del ser humano del Sistema Tierra. De esta forma, dualidades como cultura/naturaleza, mente/cuerpo, razón/instinto, civilización/barbarie, etc. son puestas bajo la lupa, impulsando un corrimiento hacia *lugares-otros*. Si el centro del eje cartesiano de la episteme moderna y del capitalismo es el hombre blanco, burgués y europeo, las otredades serán aquellas que no se identifiquen con sus parámetros, a saber: mujeres, infancias, disidencias, especies no humanas e, incluso, la propia naturaleza. Así, el Antropoceno nos exige pensar otras formas de relacionarnos y de habitar el mundo; nos llama a construir otras narrativas posibles, y es aquí en donde la ciencia ficción se abre camino en el debate.

Un primer acercamiento al género nos lleva a pensar en viajes intergalácticos, conquistas de nuevos mundos, futuros apocalípticos, tecnologías enemigas, etc. Sin embargo, estos imaginarios se corresponden a lo que se conoce como “ciencia ficción dura”. Sparling (2017) la caracteriza como aquella cuyos impulsos imperialistas requieren competencias tecnológicas (p. 657); Roberts (1993), por su parte, sostiene que en estas narrativas la única ciencia posible es la rigurosa y objetiva (las ciencias naturales, las ciencias duras) y en ellas el hecho científico jamás es cuestionado. Este tipo de ciencia ficción se identifica con la episteme moderna y ratifica la separación entre hombre y naturaleza, y el dominio de éste sobre ella y sobre todo aquello que se construya como otredad. Por el contrario, los relatos que buscan evidenciar la crisis ambiental en la era del Antropoceno estallan este núcleo para dirigirse hacia lugares más fértiles.

La ciencia ficción, pensada por fuera de los cánones, se convierte en un dispositivo riquísimo desde el cual especular otras formas de estar en el mundo. Donna Haraway, en una entrevista con *El País* (Ximénez de Sandoval, 2020), sostiene que en su trabajo teórico utiliza “todo el tiempo la ciencia ficción”, puesto que, al tratarse de un género especulativo, permite crear relatos poderosos para cualquier movimiento social. En su ensayo *Las promesas de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/bles* (1999), se propone realizar un “ejercicio

cartográfico y de documentación” tanto de paisajes físicos como mentales sobre lo que puede considerarse naturaleza. Dicho viaje, sostiene la autora, tiene como propósito la escritura de teoría, entendida como una hoja de ruta que hace visibles modelos sobre cómo moverse en un “presente imposible pero absolutamente real”, para encontrar otro presente ausente, pero *posible* (p. 121). Su excursión pretende trazar un camino que conduzca a otro lugar, espacio al cual Haraway llama “SF”, siglas en inglés para ciencia ficción, futuros especulativos, ficción especulativa, etc. (p. 155). Pensar a la ciencia ficción como *lugar-otro* no supone una solución escapista, tampoco una fe ciega en soluciones científicas o tecnológicas, ni mucho menos una actitud pasiva frente al final de los tiempos; por el contrario, exige habitar y *aprender a estar* en un mundo en crisis para poder trazar futuros latentes en un presente caótico:

(...) Seguir con el problema requiere *aprender a estar verdaderamente presentes*, no como un eje que se esfuma entre pasados horribles o edénicos y futuros apocalípticos o de salvación, sino como bichos mortales entrelazados en miríadas de configuraciones inacabadas de lugares, tiempos, materias, significados (Haraway, 2019, p. 20)

Estas narrativas que se posicionan en el Antropoceno logran proyectar *lugares-otros* y leer las posibilidades subyacentes en un planeta dañado para habitarlo por fuera de las lógicas dominantes. Así, la ciencia ficción de los *Confinados-en-la-Tierra* se constituye desde narraciones capaces de extrapolar problemas presentes para pensar futuros más habitables, de disolver todo tipo de jerarquías para generar relaciones más horizontales con diferentes especies y con *Gaia*, y de cuestionar epistemológicamente la posición del humano y su incidencia en el planeta. Claudia Aboaf en su ensayo *Cuerpo a cuerpo* (2023) se cuestiona:

¿Cuáles son los cuentos que nos hemos contado para justificar tanta muerte? Esta visión del mundo no es solo un mapa mental, es una forma de hacer mundo. Hemos vivido demasiado tiempo en la ficción de que somos los únicos sujetos parados sobre un mundo de objetos. (p. 101)

Las geohistorias de los *Confinados-en-la-Tierra* en la era del Antropoceno buscan escribir el reverso de estos cuentos de muerte, utilizando la especulación imaginativa, las palabras y el poder de los relatos.

A continuación, analizaré el cuento “El manual del ángulo de la bolsa azul” de Aboaf (2023), para trazar algunas características de la poética de estos relatos.

Los tiempos terrestres

“El manual del ángulo de la bolsa azul” es un cuento publicado en la antología *Futuras: Cuentos de ciencia ficción ecofeminista. Autoras latinoamericanas* (2023)⁴. En él se narra la historia de un mecánico naval, Milo, quien, debido a una condición magnética especial, percibe en el interior de su cuerpo la cantidad de grados en los que declina el eje de la Tierra. Este hecho se constituye como el *novum* del cuento, es decir, una innovación cognoscitiva dentro del universo del relato que, a su vez, se desvía de la norma del autor o del lector implícito (Suvin, 1984, p. 95). Este *novum* posee un relieve histórico ya que tiende un puente entre lo literario y lo extraliterario, lo ficticio y lo empírico, lo formal y lo ideológico (p. 95).

A lo largo del relato, se identifican tres cronotopos vertebrales. Si los ordenamos cronológicamente, el primero correspondería a la vida de los mineros de la isla japonesa de Hashima; el segundo, a la infancia de Milo en el negocio de telas de su familia en el barrio porteño de Montserrat; y el tercero, al presente del protagonista entre el buque y las ruinas de la isla. Pero entre estos espacio-tiempo principales se cuelan puntadas de otros tiempos: algunos son correspondientes a tiempos históricos humanos, otros al tiempo geológico de la Tierra.

La materialidad y los lugares que se representan a lo largo del cuento están investidos por un grosor histórico por el que se abre paso el tiempo humano. Así, por ejemplo, la Plaza Congreso en donde trotaba Milo guarda los restos de su pasado colonial: “ubicada en la *cumbrera*, la parte más elevada de la ciudad, *De los Reynos del Arriba* —como se había llamado la zona alguna vez—” (Aboaf, 2023, p. 37); y la

⁴ “El manual del ángulo de la bolsa azul” también se publicó en otras dos antologías: *Paisajes Experimentales. Antología de la nueva ficción extraña* (2020) y *Contaminación futura Vol. 8* (2023).

anticuada y anacrónica brújula del buque mercante esconde no sólo el norte magnético sino también aventuras navales antiguas. Las ruinas de la inhabitable isla de Hashima también conservan los recuerdos de un tiempo humano. Los restos de electrodomésticos, bares, casinos, baños públicos (p. 39) y cuerpos de obreros son el descarte del proyecto hipercapitalista fracasado de Mitsubishi. Como sostiene Díaz (2021): “lo cierto es que la forma de vida hiperconsumista del capitalismo tardío, que exige una producción cada vez más acelerada, y una dinámica extractivista que no encuentra límites, ha dejado huellas y paisajes de devastación que debemos mirar atentamente” (p. 422).

Pero, a pesar de que la vida humana no es imaginable en este lugar, otras formas de vida lo pueblan: antiguos animales domésticos, bivalvos y moluscos habitan un paisaje devastado y son, implícitamente, el latido de un tiempo más profundo que se prolonga hacia futuro. Incluso, la isla toda es una topografía que oscila entre dos espacios temporales: su superficie muestra los restos de la historia humana, sus profundidades, el tiempo milenario de la Tierra: “La isla era una columna troncal que unía el fondo del mar con la superficie. Y el túnel minero vertical calaba el islote como una caries en el hueso dental, doscientos metros abajo” (Aboaf, 2023, p. 35).

Otras historias semejantes a la de Hashima se hacen presentes en el relato: Milo en uno de sus viajes por Japón, lee en una placa que la bomba nuclear Fat Man que estalló sobre la ciudad de Nagasaki había corrido el eje de la Tierra: “Desde la isla de Hashima se vio el más perfecto espectáculo creado por el hombre, que sin embargo persigue un patrón universal: la forma de hongo” (p. 40). A pesar de ser una invención del hombre, la bomba replica las formas de la naturaleza; a pesar de haber representado una masacre en la historia humana, el impacto nuclear también incide en la profundidad de la Tierra.

Cuerpo a cuerpo

Claudia Aboaf, en su ensayo *Cuerpo a cuerpo*, sostiene: “Todo lo animal, vegetal, mineral, incluso el mundo de las herramientas —mundo cibernético— desencadena fuerzas que interactúan dentro de un campo magnético, tanto como las relaciones que componen estos ecosistemas vinculares.”. En “El manual del ángulo de la bolsa azul” el *novum* permite cristalizar las conexiones subrepticias que existen entre los seres y las materias a través de la figura de Milo.

La hipersensibilidad del protagonista no sólo le permite visualizar y percibir corporalmente las ondas magnéticas, sino que también le confiere una *ecosensibilidad* (Morizot, 2020), es decir, Milo entiende la naturaleza como cosmos viviente en cuyo entramado se encuentran los seres humanos. Así, los grados declinados le afectan de manera física pero también percibe ese deterioro en las demás personas, sólo que estas no son capaces de percibirlo:

Y aunque se desconocía el dato, o decidían no hacerlo público, él podía sentir cuánto se había desplazado el eje de la Tierra. Entonces crecía el estado de malestar de la gente. Milo escuchaba el rugido del tráfico creciente. Encontraba su banco ocupado con algún indigente. Veía personas con la cabeza gacha, consumidos por sus teléfonos portátiles. (Aboaf, 2023, p. 42)

A su vez, esta sensibilidad le permite establecer vínculos afectivos con otras entidades máquinas, por ejemplo, el propio buque: “Se recluía sumergido, debajo de la línea oscilante del agua. Luego de que empeorara su condición, creyó que la *obra viva* lo mantendría a salvo” (p. 32). La utilización de las cursivas en este fragmento permite cargar de una doble valencia al sintagma “obra viva”, no sólo como la parte oculta de la nave, sino como otro elemento dentro del gran sistema vincular en el cual Milo habita.

Las lenguas distendidas

En este relato de Aboaf, las atmósferas tienden a ser asfixiantes; incluso en los espacios abiertos, como la isla y las ciudades, sobrevuela un velo de claustrofobia, de

encierro. Así, la contraposición aparente con los espacios cerrados, como el buque y el ascensor en la isla de Hashima, se borrarían. Esta clausura de los espacios atomiza al mismo tiempo a los sujetos. Milo durante todo el relato se encuentra solo: entre los tubos de telas del negocio de la infancia, en sus caminatas por la Plaza Congreso, en la obra viva del buque. La isla, entonces, se presenta como el ápice de su soledad. Y, en este estado de aislamiento, se revela que, a lo largo de todo el relato, y en contraste con la frecuencia de los verbos que indican procesos mentales (como “calculó”, “pensó”, “se dio cuenta”), el verbo “decir” aparece en un solo momento. Cercano al desenlace, el protagonista por fin habla: “Que descansa la rosa, *dijo*⁵, se abra justa en diseño, acuosa y desplegada” (p. 43). El imperio de los ruidos, por el contrario, pertenece al rugido de los motores, al océano inquieto, al temblor de la Tierra, al crujir blanco de la nieve: “Pisa el blanco nieve y ya no es blanco. Milo es ahora la sombra de un predador [...] Un cazador novato que olisquea el territorio blanco pero lo encuentra vacío, acolchonado de ruidos”.

Pero la reclusión y la soledad le permiten a Milo escuchar el eco de las antiguas lenguas que le hablan sobre el origen bello que la humanidad ha declinado:

En silencio, volvió a ver las lenguas arcaicas aglutinantes y bellas. Esa visión lo decidió y, en el concierto de mar, motores y vientos, calculó que si su antípoda no era una coordenada, como había perseguido, tal vez sería una exacta lengua rosada: alguien que resultaría su descanso. Que lo compensaría (p. 43)

Si el inicio fue la Belleza, pareciera que los grados perdidos son irre recuperables y el relato se abriera hacia un final apocalíptico. Sin embargo, el cambio del destino de Milo de una coordenada hacia una *lengua*, marca el inicio de una ruptura: el paso del aislamiento, de la mente atomizada, hacia el *bailar rítmico de los cuerpos*:

El silencio cede mientras la tierra vibra. Su respiración se agita porque ha comenzado a bailar. Lengua afuera. No baila solo, tampoco con los de las esculturas de hielo. Baila con los demás que también giran locos

⁵ Las cursivas son mías.

y compensan con toda su fuerza viva la declinación del mundo. Milo no baila solo, aunque no los vea (p. 46)

A pesar del terremoto que azotará el mundo de Milo, el desenlace no se clausura en la devastación del mundo; por el contrario, el baile de los cuerpos como fuerza colectiva lucha por evitar la declinación de la Tierra. Más allá del futuro inmediato, un destello de esperanza abre la posibilidad de reencontrarse con la *Belleza*, punto de confluencia de todos los tiempos y de todos los cuerpos.

Conclusiones

En un contexto en el que la crisis climática, los avances y el triunfo de los discursos de la ultraderecha, la sexta extinción masiva de especies, el acrecentamiento de las brechas simbólicas y materiales entre los habitantes de este planeta, el empobrecimiento de la biodiversidad, la especulación económica y la instalación de la lógica del “sálvese quien pueda” parecieran ser las únicas maneras posibles de ver el mundo, la ciencia ficción se constituye como un dispositivo valioso para construir nuevos mundos.

Lejos del imaginario imperialista y racionalista, estas narrativas pensadas como *lugares otros* se transforman en laboratorios del presente en donde la vincularidad, la *ecosensibilidad*, la afectividad, la vida comunitaria y el enredo multiespecie se plantean como banderas de lucha para resistir en un mundo en crisis. En “El manual del ángulo de la bolsa azul”, los tiempos históricos y geológicos colapsan para denunciar al capitalismo voraz y para cristalizar las ruinas de un sistema en declive, pero también para quebrar las jerarquías especistas, devolviendo al ser humano a la horizontalidad, y así poder vislumbrar aquello que hemos desechado en pos del progreso. Lejos de ser un relato apocalíptico, el cuento de Aboaf abre una esperanza para re-encontrarnos con la Belleza en los ojos de los otros humanos y no humanos.

Referencias bibliográficas

- Aboaf, C. (2023). Cuerpo a cuerpo. *Mora*, 2(29), 101-106.
<https://doi.org/10.34096/mora.n29.13929>
- Aboaf, C. (2023). El manual del ángulo de la bolsa azul. En R. Bastidas (Ed.), *Futuras: cuentos de ciencia ficción ecofeminista. Autoras latinoamericanas*. Comfama
- Arabarco, M. (2022). *Tiempo humano y tiempo natural: una distinción problemática en los debates sobre el tiempo histórico del siglo XX* [Tesis de Posgrado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación].
En Memoria Académica.
<https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.2204/te.2204.pdf>
- Centro Cultural Kirchner. (2020). "Bosquizarse" por Baptiste Morizot.
<https://simbiologia.cck.gob.ar/publicaciones/bosquizarse/>
- Crutzen, P. J. y Stoermer, E. F. (2000). The "Anthropocene". *Global Change Newsletter*, 41, 17-18.
- Díaz, V. A. (2021). Reinventar la naturaleza para hacernos cargo del Capitaloceno: la propuesta de Donna Haraway. *Andamios*, 18(46), 413-441.
<https://doi.org/10.29092/uacm.v18i46.851>
- Haraway, D. J. (1999). Las promesas de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/bles. *Política y sociedad*, 30: 121-163.
- (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consoni.
- Moore, J. W. (2017). El Capitaloceno, Parte I: sobre la naturaleza y los orígenes de nuestra crisis ecológica. *The Journal of Peasant Studies*, 44(3), 594-630.
<https://doi.org/10.1080/03066150.2016.1235036>
- Roberts, R. (1993). *A New Species: Gender and Science in Science Fiction*. Urbana: U of Illinois P.
- Suvin, D. (1984). *Metamorfosis de la ciencia ficción. Sobre la poética y la historia de un género literario*. Fondo de Cultura Económica.
- Sparling, N. L. (2017). La ciencia de género según Angélica Gorodischer. *Iberoamericana*, 259-260(83): 657-670.

Ximénez de Sandoval, P. (19 de febrero de 2020). Donna Haraway: "Me hice feminista gracias a la ciencia ficción". *El País*.
https://elpais.com/cultura/2020/02/18/babelia/1582041525_880936.html